

## **Como la hierba buena**

Solía caminar por la playa, afirmando del brazo el débil cuerpo de su madre, a veces en silencio y otras cantando o indagando en sus recuerdos.

Entonaban las canciones preferidas, de las que sólo repetía algunas líneas ...”arroz con leche me quiero casar”...”tiene la Tarara un vestido blanco para el viernes Santo... la Tarara si la Tarara no...” “ Tú has venido a la orilla sonriendo has dicho mi nombre...” y muchas de las cuales sólo lograba repetir palabras aisladas, estas tres las recordaba porque tenían un significado especial. Siempre le contaba a sus hijas cuando eran pequeñas que la Abuelita Albina cantaba el arroz con leche mientras cocinaba, la Tarara era muy parecida a una compañera de su escuela y el Pescador la emocionaba profundamente cada vez que asistía a misa... no requería decirlo era muy evidente.

\_ La entrevista al pasado que compartían en esas lentas caminatas sintiendo en graznar de las gaviotas y el melodioso y a veces potente sonido de las olas al romper, era sencillo.

¿Cómo se llama Ud?- Gladys- contestaba con seguridad y convicción.

¿Su mamá cómo se llama? -María- contestaba sin dudarlo.

¿Está casada? Sí, respondía segura...¿ Con quién ? Con José y

¿Cuántos hijos tiene? cinco hijos tengo...ya y ¿cuál es el nombre de sus hijos?

como evocando un pasado lejano, contestaba : Soledad... ese es el nombre de mi

hija mayor... ¡muy bien! ¿Y los otros cómo se llaman? Aquí siempre se producía un silencio, contaba en sus dedos escudriñando en sus recuerdos significativos y sólo lograba recordar y nombrar a Aliro... que era el único varón entre sus cinco hijos, ocupaba el lugar central entre las niñas... seguía buscando en silencio repasando con el conteo de los dedos, que era la fórmula que tenía cuando debía realizar un trámite y le preguntaban sobre la cantidad de hijos, mantenía la mano cerrada para tener lista la respuesta y abrir su mano al contestar.

El nombre de ella que era la segunda de sus hijas con cincuenta años y que la lleva a caminar para tener espacios de cercanía, acercarla a este mundo que ya para ella era lejano, no lo recordaba tampoco reconocía su rostro ni voz, se dirigía a ella de "Ud".

A veces inesperadamente la nombraba preocupada y con aire melancólico \_¡ la Jesús... pobrecita!\_ ¿qué le pasa a la Jesús?\_ ¿Por qué pobrecita?\_ Le preguntaba por si cambiaba la respuesta y siempre era la misma.

-No va a poder venir- trabaja tanto ... Cuando tenga tiempo lo hará- respondía con resignación comprensiva de madre, no había cambio alguno en su respuesta, las veces que le preguntara y aun cuando hubiese pasado mucho tiempo desde la última vez que emitiera esa expresión de preocupación.

Extraños y selectivos son los pensamientos humanos, ella que la acompañaba tres a cuatro veces a semana, la sacaba a caminar compartían horas de comidas, contaban las plantas con flores, era la segunda y no estaba su nombre en la lista

de hijos que recordaba, desde que el “enemigo invisible” pero poderoso, llegó a deteriorar su cuerpo, espíritu y sus recuerdos hacía pocos años atrás.

La señora Gladys una mujer alegre, activa, cooperadora y siempre dispuesta a solucionar cualquier situación donde se le requería, participaba en múltiples actividades,” estaba pero no estaba”, la miraba, le hablaba pero no la veía, su imagen de hija había quedado congelada en algún momento de su vida familiar.

Desde niña su madre fue curiosa, alegre...”quiltona “ como le decía la abuelita Albina, porque cada vez que la llamaba para un mandado estaba arriba de un árbol, su preferida era la higuera donde tenía que bajar sin demora y en el ataranto y lo presuroso de la acción, siempre se raspaba los brazos y las piernas. Con el tiempo estas características le valieron y dieron fortaleza para criar sus cinco hijos.

Vivió en el campo donde debía acarrear el agua para las labores del hogar en tarros con ganchos ajustados a un palo que pasaban por los hombros, era una tarea habitual de mujeres y hombres dos o tres veces a la semana o hasta que se acabara el agua del tambor que la mantenía fresca en el patio.

En el pueblo la costumbre era que los hijos nacieron en la casa, ayudada por la partera doña Insolina, una débil anciana que trajo a este mundo a todos los niños de ese lugar y de otros cercanos, el día que ella su segunda hija nació, con su vientre enorme la señora Gladys lavó igual que siempre, sirvió la comida, ordenó la ropa para el bebé en camino por intuición más que por sentir los dolores del anuncio del parto y se fue a acostar, agotada por el trajín diario, a medianoche

una niña, su segunda hija nació.

Le enseñó de pequeña que había nacido el día que Cristóbal Colón salió del Puerto de Palos y aun así 50 años después no recordaba su rostro, ni su nombre.

Era una mujer múltiple, desempeñó variados oficios según lo requiriera la ocasión, modista de vocación se podía comparar sus diseños con cualquier diseñador de moda, cosía para todos sus hijos y para quien le trajera sus costuras, era un gran don como si ella y su máquina Singer tuvieran una unión especial, gasfiter por iniciativa personal si no había quien cambiara una llave ella lo hacía, soñaba con que algún día tomaría un curso para aprender más del oficio, electricista cuando fallaba un enchufe, pintora de brocha gorda cuando había algún lugar de la casa para mejorar con una mano de pintura, peluquera cuando alguna de sus hijas se antojaba de un corte, mueblista aunque allí la paciencia se le agotaba, los clavos no respondían a sus demandas.

Como la menta y la hierbabuena así era su madre: pequeñita, pero con fortaleza de Titán que vencía con paciencia y tenacidad los obstáculos de la vida, pero el tiempo pasa...y se cumple un ciclo.

De cuando en cuando camina lentamente por la orilla de la playa tarareando el “Arroz con leche”, “la Tarara” o “el Pescador” y en cada ola que revienta siente que está la alegría y la paz que su madre ya encontró y que escucha su canto, que reconoce su rostro y recuerda su nombre...entonces sonrío y sigue cantando.